



brarse de los tributos que la impusiera la Persia, y en el cual no respiró un momento, más que para abrazar en gran parte la reforma religiosa del buddhismo. Esta reforma, que por profunda que fuera, no tuvo carácter político, pertenece exclusivamente al dominio de las aberraciones del espíritu humano. Reservaremos para otro lugar su examen.

En cuanto a su historia política, la India pa-

rece por largo tiempo relegada de las relaciones occidentales. Ciro «Kai-Khosrou» y sus sucesores, sometiéndola y exigiéndola sus ricas contribuciones, no la harán marchar más adelante en el movimiento que imprimirán al Asia Central. Se halla entregada al reposo, al sueño y á las contemplaciones bajo las sombras perfumadas y sobre las márgenes encantadoras de sus rios.



CAPÍTULO VIII

Egipto.—El Egipto al advenimiento de la décimanovena dinastía.—Principio de la dinastía de los Ramsés.—Seti I.—Sus guerras y sus conquistas.—Sus triunfos.—Pueblos conocidos de los egipcios.—Trabajos y construcciones de Seti I.—Ramsés II.—Grandes expediciones á la Nubia. Primera guerra en Asia.—Segunda guerra en Asia.—Toma de Salem y de la Palestina.—Otras expediciones.—Sumision de la Etiopía y de la Nubia.—Reformas.—Inmensas construcciones. El obelisco de Luqsor.—El Rameleon.—Estado del Egipto á la muerte de Ramsés II.—El ejército egipcio.—Los sucesores de Ramsés II.—Decadencia.—Rebelion de los impuros.—Triunfo de los impuros.—Reaccion egipcia y restablecimiento de Ramsés.—Décimanovena dinastía.—Seti y Ramsés III.—Renacimiento y decadencia.—Los últimos Ramsés.—Revolucion interior.—Poder sacerdotal.—Humillacion del Egipto. (Véase Riancey, tomo II.)

Mientras que los hijos de Israel andaban errantes por el desierto, llegó el tiempo para el Egipto de volver á adquirir, con un esplendor desconocido, el papel de conquistador.

Levántase sobre el Egipto, despues del desastre de Faraon ahogado en las aguas del Mar Rojo, la más ilustre, la más gloriosa dinastía que ha gobernado el Egipto, la dinastía de los Ramsés.

Se libró, con los Hycsos, de todo elemento extranjero á su nacionalidad, y los restos de los invasores siguieron al pueblo hebreo en su huida triunfal.

Sucedió que, despues de las grandes catástrofes, el Egipto, replegándose sobre sí mismo, reunió y como que se rejuveneció en sus fuerzas. El desórden momentáneo que habia causado la desaparicion del perseguidor Horemheb, ú Horus, y cuyos anales sacerdotales llevan un sello indeleble, cedió bien pronto para hacer lugar á la unidad (1).

(1) Hemos apuntado ya este desórden al final del último capítulo sobre el Egipto. M. Robion se impresionó de tal manera, que esta es una de las razones principales que le hicieron adoptar el fin de la la décima octava dinastía como contemporánea del Exodo (*Historia antigua de los pueblos del Oriente*), y nosotros nos hemos concretado á su opinion. Sin embargo, debemos hacer constar que M. Brugsch cree que el Faraon, primer perseguidor de los hijos de Israel, es Ramsés II. Hé aquí su manera de razonar. «Las ciudades de Ramsés y de Pithona existian ya

Desde este momento, en efecto, parece que los egipcios se constituyen, en realidad, en un sólo pueblo, llegando al apogeo de su poder. Esta obra será rápida, pero laboriosa.

Todo parecia que se reconstituia nuevamente. Gracias á las turbaciones por que el país habia pasado despues de la muerte de Horemheb, los antiguos vasallos se habian declarado libres, y habianse formado nuevas confederaciones de pueblos enemigos. Se ve desde entonces aparecer un imperio, quizás más bien una liga, de que habla la Biblia, y que desconocida hasta entonces, fué tomando más tarde una considerable importancia. Es el pueblo de

en tiempos de Seti, ó Sethos I, puesto que en ellas recibió los homenajes de los grandes del Egipto Ramsés II, que las fortificó y embelleció, haciendo en ellas su entrada solemne despues de la guerra contra los heteos. Hacia este tiempo debió nacer Moisés. Como Ramsés II reinó sesenta y seis años, como el reinado de su sucesor duró veinte años, y como Moisés tenia ochenta años en la época del Exodo, los israelitas debieron abandonar el Egipto en uno de los últimos años del reinado de Merneptali-Hotephermaa, Memphtés I, hacia el 1317 á 1321 antes de Jesucristo. Este seria el Faraon que pereció en el mar.

Queda, sin embargo, en pié la objecion tan considerable del ilustre Champollion. ¿Cómo la Biblia, que habla de varios conquistadores, no habrá hablado de los Ramsés y de Ramsés Sesustasen (Sesostris) en particular? La autoridad del gran egiptólogo nos ha decidido, no sin reservas, sin embargo, y en espera que la ciencia se pronuncie por nuevos descubrimientos.



los heteos, de los kettim, como dice el libro sagrado, el pueblo de Cheta, como dicen las inscripciones jeroglíficas, y contra él se dirigen los primeros esfuerzos de la nueva dinastía.

No se sabe precisamente cómo llegó al poder esta dinastía. El primer Ramsés, se cuenta, fué hijo de una hermana ó de una hija del último Faraon, que estaba casada con el sacerdote rey Asqueri ó Ai (1), y por este título quizás fuera llamado á ocupar el trono despues de la catástrofe de Horemheb. Sea de ello lo que quiera, Ramsés reinó poco tiempo, cinco años á lo más; pero tuvo bastante ingenio y bastante energía, primero para restablecer el prestigio del Egipto sobre varios de sus tributarios (2), y despues para echar los fundamentos de la grandeza de su pueblo, imprimiéndole una vigorosa organizacion.

Hay tambien, y esto importa anotar aquí, en los monumentos que nos quedan de este príncipe, el carácter de una especie de movimiento religioso idolátrico muy pronunciado; este movimiento equivaldria á un naturalismo más absoluto que el que se habia ya tristemente apoderado del Egipto, podria decirse que fué una reaccion contra el espiritualismo de la fe de Moisés (3).

A su hijo estaban reservados los altos destinos. Este es Seti, ó Sethos el Grande, el «querido de Ptah», Meri-en-Ptah, el primero de los conquistadores, el primero de los que fundaron la décimanovena dinastía. Antes de relatar sus hechos notables y sus empresas, séanos permitido dar aquí una idea de lo que habia sido el

(1) Esta conjetura ó descubrimiento es de M. Lepsius. M. Robion, que la adopta, cita un trabajo interesante de M. Prisse d'Avesne sobre Ascherei, en el IV vol. de la *Revista Arqueológica*.

(2) Se habla en el tratado que sunieto, Ramsés II, concluyó con el rey de los heteos otro convenio que él mismo habria hecho con Seplulu, rey de los heteos, despues de la guerra.

(3) Esto es, al ménos, lo que nos parece resulta de las esculturas de su panteon, donde está representado en ademan de oracion ante muchas divinidades, y asistido de Tum, el dios de la tierra, y de Neith, la madre de los dioses, la Naturaleza. Habia él tambien fundado un santuario en la Nubia, y le habia dedicado á Hor-Min, dios de la fecundidad. Brugsch, *op. cit.* pág. 127.

pueblo egipcio bajo el cetro de su padre, y tambien bajo el suyo. Esto servirá para poder comprender mejor los elementos de que disponian los Ramsés.

La nacion es una; los antiguos jefes de las poblaciones no van á ser más que gobernadores, «nomos», príncipes sometidos al cetro del monarca. El rey, el Faraon, mandando sin freno durante la guerra, conservó durante la paz la autoridad que le dió el peligro común. Los sacerdotes, cuyos intereses estaban completamente unidos al triunfo de la raza egipcia, aparecen más fuertemente organizados, y traen de la Etiopía una teoria más completa de religion. Los guerreros, habituados á los combates y tan rudamente ocupados en los últimos tiempos, no comprenderian una tranquilidad durante la cual nada tendrían que hacer. En fin, la clase del pueblo manejó tambien las armas: será muy necesario que vuelva á entrar en el orden y en la sujecion; pero desde luego forma esas masas auxiliares que rodean los cuerpos disciplinados, infantería, caballería, carros de guerra. Mientras que los verdaderos soldados, armados de picas, aljabas, puñales, protegidos por corazas y escudos (1), constituyen la fuerza del ejército y se dejan rara vez derrotar; estas bandas de hombres semi-desnudos, que no pelean más que con hondas y palos, perecen en tropel en las marchas y son segadas en las batallas. Esto es todavía una ventaja en las expediciones militares.

Hé aquí las causas naturales que, despues de la salida de los israelitas y al terminar la lucha contra los hyksos, debían hacer del Egipto un Estado belicoso é invasor.

Era tambien esta la voluntad de Dios. Los israelitas no habian sido retenidos en vano en el desierto. Entonces los imperios del Asia Central habian caído en plena decadencia y parecían esperar un señor. Corrupcion y debilidad; un conquistador no podia encontrar á su paso otra cosa.

Este conquistador fué Seti, y, desde los primeros golpes llevó tan lejos el terror de su

(1) M. Champollion-Figeac: Egipto, en el *Universo pintoresco*, art. *clase militar*.



nombre, que de sus cincuenta años de reinado, la mitad pudo ser consagrada á descansar en las magnificencias adquiridas por la victoria.

Seti ha dejado él mismo en los monumentos imperiales de Gurnah, Abydos, y sobre todo, en Karmak (1), el recuerdo de sus expediciones. La lucha parece haber comenzado contra los Sa-Su, árabes del desierto, idénticos quizá á los antiguos hyksos ó restos de sus numerosas poblaciones. Faraon lanza contra ellos sus falanges bien armadas; ensayaron tomar su revancha é intentar una nueva invasion. «Su Majestad sagrada les sorprendió como un león furioso é hizo una gran mortandad en su valle.» Esta derrota libró al Bajo Egipto y arrojó á los Sa-Su en medio de sus arenas. Para mejor asegurar sus fronteras, Faraon penetra en seguida en Siria, se apodera de la fortaleza de Kanaan, cuyo nombre recuerda el país de Canaan. En su camino encontró la confederacion de los chetas, que habia roto el tratado hecho con su padre, destruyó su principal plaza de guerra, Kadesch, colocada en el territorio de los amorreos; despues avanza todavía, encuentra delante de él las enervadas tropas de la Asiria, los rutenos de Assur, les dispersa como el viento, esparce la paja en el aire, y seguidamente va á someter toda el Asia Central hasta los armenios, «Armenen» ó «Remenen», que poseidos de terror se inclinan ante sus victoriosas armas y le entregan para sus naves madera de sus seculares selvas. Los más importantes jefes de los armenios, dicen adorando al Señor de Egipto y para glorificar su bélico esfuerzo: «Tú haces visible como tu padre el sol y se ha vivificado por tus miradas» (2).

(1) Seti es el fundador del palacio de Gurnah, en Tebas; se ha construido una aldea en el patio principal del edificio, y lleva su nombre. (Lepsius, *Cartas sobre el Egipto*; Champollion, carta 20.^a) Otro palacio edificado en Abydos, era una de las maravillas del país. (El vizconde de Rougé, *Anales de Filología cristiana*, Junio, 1847) En fin, á él es á quien se debe la magnífica sala hipostila ó de columnas, que es uno de los más bellos adornos del inmenso palacio de Karuak; las empresas de Seti están representadas en las esculturas de este palacio. (Robion, *op. cit.*, pág. 115.)

(2) Esta inscripcion y la precedente son referidas por M. Brusch. (*Historia de Egipto*, pág. 128 á 129.) Están tomadas de los muros de Karnak.

Faraon va despues á castigar los pueblos de Etiopía, de Nubia y de Libia: parece que aniquiló á estos pueblos á capricho, porque mientras los demás cautivos siguen ó preceden su carro, coge á los Nubios «Anu-Kenos» por la cabellera y parece destrozarlos (1). A cien leguas al Sud de Egipto, imponentes ruinas han conservado el nombre y el terror de Seti.

Volviendo Faraon, despues de tantos combates, cargado de despojos y de inmenso botín del Asia y del Africa, tenia legítimo derecho á ser aclamado por su pueblo. Así por esto se ve en los bajo-relieves de Karnak á los «profetas, los grandes y los jefes del Alto y del Bajo-Egipto» rendirle homenajes, diciéndole: «Tu reinado es semejante al sol del cielo, para purificar tu corazon entre los nueve pueblos cuyas fronteras te ha entregado el sol. Los brazos del sol han velado sobre tí; cuando tu maza se movía en el corazon de todos los países, sus habitantes han caído bajo tu espada (2).» Despues viene la enumeracion de los tributos, en plata, lapis-lázuli, cobre, piedras preciosas traídas del «vil país de Assur» ó de las otras comarcas sometidas, y en fin se lee la lista de los pueblos del Sud y del Norte, que su majestad sagrada venció. La cifra de los «cautivos vivos conducidos á la prision de Ammon-Rha» es innumerable. Entre estos cautivos hay algunos de ellos que no conocían el Egipto. No hay nada más curioso que esta enumeracion, y es necesario detenerse en ella un instante; el aspecto exterior de los prisioneros, que se reconoce perfectamente, mostrará por sí solo la extension de las conquistas de Seti.

En primer lugar se ve la raza viril y triunfante, de color sombrío, talla bien proporcionada, nariz ligeramente acentuada, larga cabellera trenzada, con vestidos blancos; esta es la raza de los hombres de Egipto, que está designada como formando ella sola un continente. El segundo lugar está ocupado por la raza negra de los *Nahasi*, habitantes de Africa, los cuales fueron los primeros que encontraron y

(1) Tal es la representacion que decora un templo construido por Seti en las fronteras de la Nubia, cerca de Redesieh. (Véase Brugsch y Lepsius, *op. cit.*)

(2) Brugsch., *op. cit.*, p. 130.



batieron los egipcios. Después de los pueblos africanos, de cutis amarillo y de tez morena, nariz fuertemente aguileña, que llevan la barba negra en punta y un corto vestido de variados colores, se les llama con el nombre de *Aamou, Naharina, Roten-nou* (1), y tienen por tipo unas veces un medo, otras un mesopotamio, otras un asirio; estos son los asiáticos. En fin, en último rango, y no haciendo todavía muy bella figura en el mundo, se presentan los futuros europeos, los *Iuni*, quizá los griegos del Asia Menor, tal vez los yavanas de las fronteras de la India, ó bien aun esos Tracios que flotaban entre las dos partes del antiguo universo, los *Tam-Hu*. Tienen la piel blanca y delicada, ojos azules, barba rubia, elevada estatura. Sus ligeros vestidos consisten en algunas pieles de buey arrojadas sobre la espalda; su cabeza de larga cabellera está adornada con plumas, su cuerpo está pintado; son casi salvajes.

Son también estos los *Sa-Su* árabes del desierto, restos y sucesores de los hiksos, con su carácter semítico ó ismaelita tan pronunciado. Después, la «raza perversa» de los *Chetas*, los heteos de Canaan, cuya sumisión es la privilegiada gloria de Seti; son notables por sus dioses baales ó Bales como escriben los egipcios, Aah, ó la luna, Astarot, la «Reina de los dos mundos,» divinidades desde luego vencidas, poco tiempo después sacudiendo su yugo, sometiendo á sus vencedores y tomando rango con la seducción de sus infames cultos, en el ya deshonrado panteón de la tierra de Mezraim.

Dueño ya de los nueve pueblos, Seti descansa ó más bien vuelve á los magníficos trabajos de la paz la poderosa actividad de su pueblo. Abre la gran era artística y monumental que sus sucesores ilustrarán todavía. A él son debidas la explotación de las ricas minas de oro del S., que alimentaban su tesoro, la construcción de un pozo, en el cual la ingeniosa crítica de la ciencia moderna cree reconocer el primer pensamiento de nuestros po-

(1) Champollion el Joven les había reconocido; les llamaba *Rot-en-ne-rome*. Cartas al duque de Blancas.

zos artesianos (1); la abertura, en fin, de un vasto canal destinado á unir el Nilo al Mar Rojo, atravesando un lago que la tradición, de acuerdo con los bajo-relieves todavía existentes, llama el lago de los cocodrilos (2).

Este reinado ya glorioso no era más que un preludio. El hijo de Seti le excede: Ramsés II, Ramsés el Grande, el que toda la antigüedad ha celebrado bajo el título de «Sesostris,» corrupción de su sobrenombre popular «Sestetur-Ra (3).» Nacido de la reina Tuáá, Ramsés apa-

(1) En el noveno año de su reinado, Seti, á fin de suministrar agua á los mineros del desierto, mandó abrir un pozo y «el agua se obtuvo en abundancia.» En su alegría, el rey resolvió erigir una fortaleza y un templo, y colocó su propia imagen entre las de los dioses de este santuario. El nombre de «pozo de Setos» permaneció unido á esta obra, y las inscripciones que cubren las paredes del templo de Redesieh, en el valle del desierto que pasa por el lado derecho del Nilo, enfrente de la ciudad de Edfu, el rey «por haber abierto la montaña para hacer salir de ella agua.» (Brugsch, *op. cit.*, pág. 135.) ¿No habría tal vez en esta alabanza dada á Faraon un recuerdo y una imitación de la roca herida por Moisés, suministrando agua al desierto?

(2) Este canal salía del Nilo, cerca de la ciudad de Bubastus, entraba en los lagos amargos, después de haber recorrido la tierra de Gessen, el Uadi-Rumilat actual, país habitado por los hebreos. Estaba limitado por plazas fuertes, y una de ellas, Tsa-lu ó Tsal, está representada sobre un canal conteniendo cocodrilos y desembocando en una gran masa de agua. Las tradiciones griegas, de acuerdo con los recuerdos monumentales, dan á Seti I, el honor de haber inaugurado esta magnífica empresa de la apertura del istmo de Suez, que los reyes griegos volvieron á acometer más tarde, que la barbarie musulmana aniquiló, y que el genio y la perseverancia de Lesseps ha sabido dar cumplida cima en nuestros días, á pesar de muchas dificultades que ha tenido que vencer. Se querrá hacer notar que los trabajos de este canal y su paso por medio de la tierra de Gessen corroboran la hipótesis que hemos adoptado acerca de la salida de los israelitas como anterior á Ramsés. (Véase á M. Robieu, *op. cit.*, pág. 118.—M. Chabas, *Una inscripción histórica del reinado de Seti I.*—Rouge, *op. cit.*)

(3) Ramsés había tomado probablemente este sobrenombre de Sestetur, en memoria del más renombrado de los Faraones sus predecesores, Sesurtasen, y había añadido á este el título de Ra (Rey-sol), según la costumbre egipcia. De Sesurtasen los griegos han hecho Sesoosis y Sesostris. Las inscripciones le designan bajo el nombre de Ramessu Meriamem, Ramsés Meiamun, como dice Josefo, *Antigüedades judáicas*.



rece en el trono rodeado con el brillo de la juventud. «Eras todavía niño, dice una inscripción, llevabas trenzados los cabellos, y no se hacia ningun monumento sin tí, no se ejecutaba ninguna orden sin tí» (1).

A su nacimiento, el niño había sido mecido en los brazos de Amon-Ra. Su padre quería hacer de él un gran príncipe; se consagró á él con gran esmero. Instruido por los sacerdotes, Ramsés había aprendido á conocer el sentido de las inscripciones de *Tot*; allí también recibía lecciones de justicia, de administración y de piedad. Al mismo tiempo, rodeado, según se dice, de jóvenes egipcios, que, por derecho de sangre, debían ser un día sus principales oficiales, se acostumbraba ya á la victoria siguiendo á la guerra al glorioso Seti. Quizá también había sido asociado á su poder real en los últimos años de su reinado. En Nubia se ven sus primeros triunfos; un cuadro representa á Faraon sentado en el trono, mientras que su hijo le conduce un grupo de prisioneros árabes; más lejos el rey se arroja en la confusión, su carro lo domina toda; su hijo Ramsés destruido con su hacha las puertas de una ciudad sitiada. Etiopes, libios, negros, todo lo somete. La Etiopía, horrorizada al oír el nombre de Ramsés, dice: «Ve aquí que el león se acerca,» y más de una vez exclamará: «Sol de *Nifaiat*, vengador, poderoso *Horus*, tu nombre es grande en la tierra de Cusch, cuyos distintivos reales has colocado bajo tus piés.»

Él mismo, apenas colocado en el trono, tuvo que ejercer su bravura. Es primogénito de muchos hermanos, tres de los cuales llevaron el título de reyes, quizá aún en su vida. Como quiera que sea, tenía por lo menos supremacía sobre ellos, y él sólo ocupa la escena histórica. Él sólo es consagrado; él sólo recibe, y esto legítimamente, de manos del gran Dios de Egipto, la guadaña de guerra para cortar la cabeza de los impuros y contener las naciones extranjeras, y también el «pedum,» el látigo

(1) Inscripción tomada por M. Brugsch en estela del año III de Ramsés, descubierta cerca de Dakkeh, en Nubia.

del poder para dirigir la tierra de *Keme* (1).

En Tebas se inaugura el nuevo reinado por la ceremonia religiosa de la coronación; la familia del Faraon asistió á ella. Era entonces Tebas la ciudad real y religiosa (2).

De Tebas parte el «impetuoso» héroe. Acaban de declararse en plena rebelión los tributarios; la liga de los chetas se reforma y pone en práctica, arrastrando el Asia Central un nuevo y supremo esfuerzo de independencia.

Los nubios son rápidamente sometidos; es asunto de una sola campaña. Ruegan y pagan el acostumbrado tributo en oro, marfil y ébano.

Los chetas, por el contrario, oponen una desesperada resistencia. Se consideraban seguros de la victoria por multitud de aliados que habían reunido en pos de ellos, y en donde figuraban, independientemente de las tribus árabes, de los fenicios y de los sirios, los habitantes de la Mesopotamia y de las orillas de Eufrates, y acaso otros más remotos pueblos (3).

A la fuerza unen la astucia, y cuando Faraon avanzó hacia ellos, por el lado de Kadesch, le prepararon una terrible emboscada, en la que estuvo á punto de perecer. Mientras que burlados por estas falsas ventajas, los generales egipcios, con el grueso del ejército, se dirigían por otro lado; Faraon, que había quedado casi solo con sus principales servidores y una parte de su guardia, es envuelto por las falanjes del enemigo, que no contaba ménos, dice la poesía oficial destinada á celebrar esta terrible y gloriosa prueba, «de 2.500 carros de guerra,

(1) El obelisco de Lucsor tiene esta palabra: *Tierra de Keme* ó de *Cam*; este es un hecho notable.

(2) Más tarde, cuando Menfis fué la morada de los príncipes, Tebas permaneció siendo la metrópoli del culto. Más tarde todavía la capital cambió; cuando Alejandria llegó á ser el centro político, la ciudad del Alto Egipto fué completamente desposeída, y la casta sacerdotal se situó en Menfis. Así la dominación descendió hacia el mar.

(3) El miserable cheta tenía en su séquito numerosos pueblos: Aradus, Masu, Patasa, Kaschkasch, Aelon, Gazuatan, Chirabe, Aktar, Atesch y Raka. Se citaba también el príncipe Tenteni, el príncipe Karschemis. Todavía no se han encontrado las analogías históricas de estos nombres. Sin embargo, se reconoce con facilidad á Aradus de Fenicia, Karschemisch, sobre el Eufrates, etc.